

Las funciones conversacionales de *chaval* como marcador del discurso en el lenguaje juvenil madrileño

Øyunn Rishoi Hedemann*
Universidad de Oslo

Resumen

El objetivo del presente estudio es examinar y presentar las posibles funciones pragmáticas que desempeña la forma lingüística *chaval* en su uso real y coloquial entre los jóvenes madrileños y en sus usos no sustantivos. Realizada dentro del marco de la pragmática, esta investigación toma como base 537 hallazgos de *chaval* obtenidos del corpus COLAm y partió de la hipótesis inicial de que la forma *chaval* está experimentando un cambio de función en el lenguaje juvenil madrileño. El estudio muestra que la forma *chaval* se emplea entre jóvenes mujeres sin que se flexione (por lo cual se puede comparar con *hombre*) y que *chaval* se utiliza con fines metadiscursivos, como la negociación de la relación entre los interlocutores, el desarrollo de la conversación y la indicación del mantenimiento o cesión del turno de la palabra. A la luz de estos hallazgos se advierte la pérdida de la condición puramente apelativa de *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño y se argumenta que la forma estudiada está experimentando un proceso de debilitación semántica a favor de un enriquecimiento pragmático, esto es, un proceso de gramaticalización. Además, los usos analizados están adoptando los rasgos de funcionamiento propios de los mar-

* Este trabajo se basa en Hedemann (2010), tesina de máster supervisada por Cecilia Alvstad (Universidad de Oslo). A Jeroen Vandaele y un(a) evaluador(a) les agradezco sinceramente los comentarios sobre versiones anteriores del artículo.

cadres del discurso: no contribuyen directamente al significado conceptual de los enunciados, tienden a la invariabilidad, y guían las inferencias que se realizan en la comunicación.

Palabras clave: chaval, marcadores del discurso, corpus, coloquial, gramaticalización, lenguaje juvenil

Abstract

This study investigates the pragmatic functions of the linguistic form chaval as used by youngsters from the Madrid area. The hypothesis is that chaval is moving beyond its traditional appellative function because it can now be used as an invariable form among female youngster (thus paralleling the use of hombre among women). The study takes its 537 tokens of chaval from the COLAm corpus and shows that the form's functions are indeed multiplying: they include negotiating the relation between speech participants, keeping the conversation going, maintaining a conversational turn, or giving the turn to someone else. Thus, the form has moved beyond its traditional appellative function and is in the process of being grammaticalized: it seems to gain pragmatic force while it loses its semantic specificity. In short, chaval behaves like many discourse markers: it tends to become invariable and it guides discourse rather than contributing to the conceptual meaning of the utterance.

Key words: chaval, discourse markers, corpus, colloquial, grammaticalization, youth language

1. Introducción, hipótesis y planteamiento de términos clave

Los estudios enfocados en cambios lingüísticos *incipientes* –i.e. los estudios que tratan los momentos en los cuales se rompen las normas que hasta entonces se han considerado normas– tienen mucho que ofrecer al estudio de la evolución lingüística. En el presente artículo procuramos profundizar precisamente en un fenómeno que constituye un cambio lingüístico incipiente: indagamos en las posibles funciones pragmáticas que desempeña la forma lingüística *chaval* en su uso real y coloquial entre los jóvenes madrileños en sus usos no sustantivos¹. Bien se sabe que los jóvenes constituyen una fuente excelente para el estudio de evoluciones lingüísticas que están en curso (Andersen, 2001: 9; Jørgensen y Martínez López, 2007: 6): muchos cambios lingüísticos parecen ser motivados por la necesidad creciente de expresar autonomía frente a los padres y lealtad al grupo paritario (Andersen, 2001: 8).

Según la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE, 2010), la palabra *chaval* proviene del caló *chavale*, vocativo plural de *chavó*, que viene a decir algo así como *muchacho*. Se trata de una voz muy frecuente y plenamente integrada en el español peninsular de hoy (Buzek, 2005: 38), su uso es coloquial y se define como *niño* o *joven* (DRAE, 2010). Veremos, sin embargo, que *chaval* tiene importantes usos no sustantivos, orientados hacia funciones pragmáticas.

¹ Con ‘uso sustantivo’ nos referimos a los usos de *chaval* en los que aparece con artículos o determinativos, representando una realidad comunicada y desempeñando una función sintáctica clara. Un ejemplo sería «Estábamos hablando de *un chaval* que vive por aquí». A este respecto cabe mencionar que el uso de *chaval* como sustantivo es poco frecuente entre los jóvenes, pues el empleo de *chaval* tiende a vincularse con funciones interaccionales que difícilmente se pueden describir en términos léxicos o sintácticos. Estas observaciones confirman las de Jørgensen (2008: 388), quien ha encontrado «llamativa» la alta frecuencia con la que aparecen palabras sin función sintáctica concreta en el lenguaje juvenil madrileño. Son estos usos los que nos interesan.

En un análisis gramatical tradicional, el uso no sustantivo de *chaval* sería sencillamente un vocativo: el uso de un nombre (*chaval, Pedro, niño, doctora*) o un pronombre (*tú*) con función de apelar al oyente o llamar su atención (Alonso-Cortés, 1999: 4037) y de denotar una propiedad suya, como su edad o profesión (Alonso-Cortés, 1999: 4037, 4044). Tal análisis –‘*chaval* es un vocativo’– significa en nuestra opinión una simplificación del potencial pragmático de *chaval*. Usando el corpus COLAm², argumentaremos que tiene lugar en *chaval* un cambio de funciones predominantemente vocativas (apelar al oyente o llamar su atención) a otras que tienen su base en un plano meta-discursivo (como negociar la relación entre los interlocutores, desarrollar la conversación e indicar el mantenimiento o la cesión del turno de la palabra). Aunque Alonso-Cortés (1999) y Bañón (1993) señalan que los vocativos también tienen un potencial pragmático, nuestra investigación invita a ver *chaval* como una categoría *plenamente* pragmática: analizaremos *chaval* como un marcador del discurso.

«Los ‘marcadores del discurso’», analizan Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, «son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional [...] y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación» (1999: 4057). Según Landone, los marcadores *relacionan entidades* –«sean ellas constituyentes textuales, segmentos discursivos o material implícito o hablantes» (2009: 79)–. A diferencia del concepto de vocativo,

² Corpus Oral de Lenguaje Adolescente de Madrid de la Universidad de Bergen, Noruega. El corpus consta de alrededor de 500 000 palabras (2010) y está compuesto de conversaciones coloquiales espontáneas mantenidas por jóvenes madrileños de entre 13 y 19 años. Las grabaciones fueron realizadas por los mismos jóvenes con una grabadora minidisco Sony y un micrófono de solapa, sin presencia de adultos, entre el año 2002 y el año 2007. Para más información sobre el proyecto, métodos de recopilación, criterios éticos, etc., consúltese la página www.colam.org.

pues, la noción de ‘marcador del discurso’ tiende a la invariabilidad formal y se define más en torno a funciones pragmáticas y argumentativas³.

En lo que concierne su función, los hallazgos mostrarán que *chaval* no contribuye directamente al significado conceptual de los enunciados, sino que orienta y guía las inferencias que se realizan en la comunicación, es decir, que contribuye al procesamiento de lo que se comunica y no a la representación de la realidad comunicada (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4058; Portolés Lázaro, 2007 [2001]: 49). En cuanto a la forma, la invariabilidad de *chaval* (propia de los marcadores) no es absoluta, lo cual pone de manifiesto su estatuto de unidad en *proceso* de gramaticalización, pero que todavía no ha alcanzado un grado de fijación plena (Martín Zorraquino, 1998: 47). En nuestro material (sincrónico) encontramos algunos usos flexionados de *chaval*, mientras que muchos parecen carecer de posibilidad de flexión; es decir que se pueden observar distintos grados de gramaticalización a la vez. La indicación más obvia de que *chaval* está experimentando un proceso de gramaticalización es la tendencia que muestra hacia la invariabilidad en situaciones enunciativas con destinataria femenina⁴.

El cambio funcional de *chaval* puede considerarse como un proceso de debilitación semántica de la forma a favor de su

³ Para una profundización del concepto pueden verse las importantes obras de Schifffrin (1992 [1987]), Blakemore (1987) y Brinton (1996). Son centrales para el presente estudio los trabajos de Martín Zorraquino y Montolío Durán (1998), Portolés Lázaro (2007 [2001]), Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) y Landone (2009).

⁴ De hecho, nuestra hipótesis –que *chaval* está adoptando los rasgos propios de un marcador del discurso– se formó al ver la forma *chaval* empleada entre jóvenes madrileñas sin flexionarse ni en número ni en género, lo cual recuerda el funcionamiento de *hombre*. Se ha mostrado que *hombre*, en sus usos no sustantivos, tiende a perder su condición puramente apelativa a favor de su estatuto como marcador del discurso (véanse, por ejemplo, Martín Zorraquino (1998), Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), y Briz Gómez (1998)).

enriquecimiento pragmático. Tal proceso de alteración y subjetificación, en el cual una forma que primariamente expresa significados concretos, léxicos y objetivos (en el caso de *chaval*, algo así como *tú, niño*) a través de su uso repetitivo viene a aportar significados cada vez más abstractos, pragmáticos e interpersonales —es decir, significados cada vez más basados en la situación comunicativa— forma parte de un proceso de gramaticalización, un reanálisis de la forma en cuestión (Traugott, 1995: 32; Andersen, 2001: 35). En este proceso, las formas lingüísticas también van perdiendo sus posibilidades de flexión y combinación⁵.

En el corpus COLAm encontramos 537 ocurrencias no sustantivas de *chaval*, es decir, 1,07 por cada mil palabras. Nuestro análisis examina únicamente la forma no flexionada *chaval* y prescinde, así, de las variedades flexionadas de la misma forma lingüística (i.e. *chavala, chavales, chavalas*). La elección de excluir del análisis las formas flexionadas se basa en la baja frecuencia de ellas en el corpus (en comparación con las 537 ocurrencias de *chaval, chavala* aparece en función no sustantiva siete veces, *chavales* diecinueve y *chavalas* ninguna) y, sobre todo, en el hecho de que pueda haber diferencias de uso entre las variantes masculinas y femeninas de una misma forma lingüística en uso interaccional (Jørgensen, 2008: 392).

Dentro del grupo de marcadores del discurso tendrá especial importancia el *enfocador de la alteridad* (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4171). Este término designa un grupo de marcadores (*hombre, bueno, vamos, mira, oye*, etc.) que ejercen la función de ‘enfocar la alteridad’: «apuntan, en su origen, fundamentalmente al oyente (*oye, mira*, etc.) y, en alguna ocasión, a ambos interlocutores (*vamos*)», «expresan [...] estrategias de cooperación entre los participantes en la conversación», «sirven

⁵ Cabe mencionar a este respecto que no encontramos ningún uso de *chaval* que concorra con posesivos (como sería *mi chaval* o *chaval mío*) ni que reciba complementos (como sería *chaval de mierda*), estructuras que indicarían un uso plenamente vocativo (Alonso-Cortés, 1999: 4045; Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4173) con significado léxico ‘completo’.

[...] para comentar el fragmento del discurso al que remiten –para mostrar la actitud del hablante respecto de este– pero, sobre todo, para señalar el enfoque de las relaciones con el interlocutor que establece el hablante –amistosas, corteses, etc.», y «suelen ser operadores [argumentativos]» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4171-72). En función de enfocador de la alteridad, *chaval* será un tipo de marcador con propiedades apelativas, típicas del vocativo, que simultáneamente podrá ejercer más funciones pragmáticas que no necesariamente exigen concordancia con una segunda persona gramatical.

El presente artículo consta de 5 secciones. En la sección 2 analizamos *chaval* ejerciendo la ya mencionada función de enfocador de la alteridad; en tal caso se utiliza para enfocar al interlocutor y señalar la posición que el hablante va adoptando con respecto a él: «Joder chaval, ¿lo sigues ese bote de mierda?» (MABPE2J01⁶; sobre un asunto que deben de conocer los jóvenes). En la sección 3 analizamos *chaval* ejerciendo función *metadiscursiva de mantenedor del turno*; en tales casos se utiliza para no crear un espacio en el cual otro hablante pueda tomar la palabra: «Tenía un sueño chaval es que me había quedado sopa tía» (MALCC2J01; comentario entre chicas sobre una borra-chera). En la sección 4 analizamos *chaval* ejerciendo función de enfocador de la alteridad y marcador metadiscursivo de cierre; en tales casos el empleo de *chaval* sirve para orientar al interlocutor y señalar la relación entre los hablantes, al mismo tiempo que indica la cesión del turno: «El amigo de Jaime tía, que hace mucho que no le veo chaval» (MABPE2G01; comen-

⁶ A cada ejemplo presentado le acompaña un código personal informativo proveniente del corpus COLAm. A título ilustrativo, un código como MABPE2J01 corresponde a una sola hablante y está compuesto por «MA» (Madrid), «BP» y «E2» (información sobre el nivel escolar), «J» (información sobre el sexo: «J» del noruego «jente» para «chica» y «G» del noruego «gutt» para «chico»), y «01» (número utilizado para distinguirla de otras hablantes con las mismas características). Dado que el código no informa sobre el sexo del interlocutor, lo indicaremos en su momento. Además, se han cambiado los nombres propios que figuran en el discurso.

tario a destinataria femenina sobre un conocido que se conecta al chat)⁷. Cada una de las tres secciones del análisis empírico corresponde aproximadamente a una tercera parte de los hallazgos. En la sección 5 se resumen los hallazgos más importantes de la investigación.

2. *Chaval* en función de enfocador de la alteridad

Uno de los principales espacios funcionales que se manifiestan en el empleo de *chaval* en las conversaciones juveniles del COLAm, es el de *enfocador de la alteridad*. En esta sección haremos primero algunos comentarios generales sobre *chaval* como enfocador de la alteridad, antes de discutir otros aspectos relacionados con este uso de *chaval*: en 2.1 la cortesía verbal y la identidad grupal, y en 2.2 la expresividad típicamente juvenil. El término *enfocador de la alteridad* abraza unidades provenientes de diversas clases de palabras que han adquirido otra función de la que originalmente desempeñaban y que «apuntan, en su origen, fundamentalmente, al oyente» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4171). Los enfocadores de la alteridad sirven, sobre todo, para «señalar el enfoque de las relaciones con el interlocutor que establece el hablante» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4172), pero también para mostrar la actitud del hablante respecto al fragmento de discurso al que

⁷ La división del análisis bajo ninguna circunstancia está intencionada a indicar que los usos de *chaval* tratados en cada una de las tres secciones únicamente desempeñen las funciones asignadas a ellos, sino que consideramos éstas sus funciones *predominantes*. Tampoco se propone que sean posibles únicamente las funciones destacadas –los marcadores suelen ser altamente polifuncionales, y *chaval* no forma ninguna excepción–. Se observará que existe una evidente relación entre las funciones de *chaval* y su posición en el enunciado, pero ya que la posición no es el único factor que ayuda a especificar el tipo de procesamiento inferencial que el hablante desea comunicar con el uso del marcador –también entran en juego, por ejemplo, el tono y la entonación– optamos por no organizar el análisis a partir de la idea de que la función de *chaval* equivale a su posición en el enunciado.

remite (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4172). En función de enfocador de la alteridad, *chaval* aparece frecuentemente con modulación exclamativa (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4171).

En esta función, *chaval* refleja de forma considerable su origen como sustantivo que se presta a la función apelativa del lenguaje: pone de relieve la relación entre hablante e interlocutor y se vuelve casi inseparable de un uso vocativo: «Tiago, ¿estás aquí chaval?» (MALCC2G01; dicho a un chico que llega a una sala de juegos). Hemos dicho ‘casi inseparable’ porque en un caso como «Dos euros chaval, ¿qué más quieres?» (MABPE2J02; sobre un asunto que deben de conocer las jóvenes), extraído de un pasaje de conversación entre chicas, *chaval* no concuerda en género con la interlocutora: todavía parece llevar cierta carga apelativa al mismo tiempo que orienta la relación entre las interlocutoras. Veamos otro ejemplo extraído de una conversación mantenida únicamente por chicas:

- (1)
- | | |
|------------|--|
| MALCC2J03: | nooo... sabes, no... no me puedo quedar catorce horas durmiendo, que hace mi hermana a veces, que es... |
| MALCC2J01: | joder yo sí chaval |
| MALCC2J03: | Ana se pone a dormir y, y, y si no la despiertan puede dormir casi un día entero, o sea... hombre, yo no |

Sumándose a varios casos semejantes, este ejemplo nos presenta un uso juvenil de *chaval* que muestra una pérdida de la noción de género y que, por tanto, no puede decirse que aporte significado de tipo léxico a la comunicación. De los 537 enunciados que concurren con *chaval*, 152 provienen de bocas femeninas y varios van destinados a sujetos femeninos, tanto en grupos constituidos exclusivamente por interlocutoras feme-

ninas como en situaciones con emisores masculinos y destinatarias femeninas. Muchas veces, el empleo de *chaval* también muestra una pérdida de la noción de número, ya que hay varios interlocutores presentes, y *chaval* no parece ir dirigido a ninguno en particular; es como si enfocara la alteridad en general: «Chaval esa noche... me lo pasé hasta las seis de la mañana ahí» (MALCC2J02; conversación entre chicas sobre una fiesta en una discoteca).

Nótese, por lo demás, que en el mismo fragmento (1) la forma lingüística *hombre* también se utiliza como marcador del discurso, por lo que se manifiesta una clara ‘divergencia’ de la referente del enunciado. Hoy en día, son pocas las personas que cuestionarían este uso ‘divergente’, porque ya no se da por sentado que *hombre* tenga que referirse al interlocutor. *Hombre* ha pasado por un proceso de gramaticalización, debilitándose semánticamente hasta llegar a un estatuto de marcador del discurso (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4172), y nuestra hipótesis es que, hoy en día, *chaval* se ve involucrado en el mismo tipo de proceso en el lenguaje juvenil madrileño.

Además de manifestar la relación entre los participantes de la conversación, *chaval* puede iluminar la relación de estos con sus enunciados (Briz Gómez, 1998: 224). A modo de ejemplo, en un enunciado como «Parece un condón chaval» (MASHE2G05; sobre algo que se ha enganchado en su pie), es tras el empleo de *chaval* que se expresa una actitud humorística respecto al contenido del mensaje; es decir que *chaval* como marcador puede utilizarse para comentar el fragmento de discurso al que remite, señalando la actitud del hablante respecto a este (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4172).

Se nos pone de manifiesto, así, que incluso cuando *chaval* funciona predominantemente como enfocador de la alteridad, podemos identificar funciones metadiscursivas en relación con la metacomunicación de actitudes y sentimientos. A diferencia de los casos que se tratan en las secciones 3 y 4, el uso de *chaval* aquí tratado no parece intervenir como herramienta significativa

en las estrategias utilizadas para la estructuración de la conversación.

2.1 Enfocador de la alteridad: cortesía verbal e identidad de grupo

En cuanto marcador de aproximación de camaradería *chaval* constituye un apoyo a las buenas relaciones y una herramienta útil en las estrategias de cortesía verbal positiva⁸. Ya se ha señalado que la constitución de identidades de grupo y su afirmación y afianzamiento puede considerarse uno de los fines más importantes de la comunicación (Schlieben-Lange, 1987 [1975]: 133-134): a través del empleo de *chaval* el hablante separa los interlocutores de todo grupo que no emplee esta forma con la misma función o con la misma ligereza, y apela, así, a la pertinencia del *in-group* (Landone, 2009: 36) tanto para el hablante mismo, digno de utilizar el marcador de esta forma, como para su interlocutor, digno de interpretarla como señal de identidad grupal. En un enunciado como «Mira qué fallos, chaval» (MALCE4G02; sobre un juego de fútbol en la Playstation) el marcador negocia la relación interpersonal, refuerza la imagen positiva del hablante, y «tiñe la relación entre los interlocutores de cierta familiaridad o complicidad» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4173). El soporte cortés positivo a la relación parece deberse, al menos en parte, a su calidad de índice de la identidad grupal de los jóvenes. De este modo, una de las funciones que desempeña *chaval* en «Vas a flipar, chaval» (MALCE4G02; reacción a un plan de salir toda la noche y de irse ‘de botellines’ al día siguiente) o «Chaval esa noche... me lo pasé hasta las seis de la mañana ahí» (MALCC2J02; sobre una fiesta), este último pronunciado entre chicas, es subrayar la unión entre hablante e interlocutor.

⁸ Para una panorámica de diversos estudios que contribuyen a la comprensión de la proximidad y la cortesía verbal en el español peninsular puede verse Landone (2009, 180-185).

En calidad de marcador típicamente juvenil, *chaval* se presenta como una forma particularmente útil en relación con los conceptos de *autonomía* y *afiliación*⁹: *chaval* enfoca la alteridad y, por tanto, el interlocutor como individuo, al mismo tiempo que marca la pertinencia del interlocutor al grupo juvenil y la cohesión solidaria del grupo. Es decir, el empleo de *chaval* en enunciados tan ‘simples’ como «Cuidado chavab» (MAESB2G04; referencia a algún factor contextual) o «Mira chaval, mira a María» (MALCE2G03; referencia a una chica que está presente) muestra la incorporación de *chaval* en los procesos de estructuración de las imágenes sociales de los participantes en la conversación; *chaval* nos orienta sobre cómo el hablante se sitúa en relación con su interlocutor –son miembros del *in-group*– y por ello va estructurando los atributos psico-sociales que forman las identidades de los interlocutores dinámicamente según los factores del contexto (Landone, 2009: 29-30).

La general inseguridad característica de la etapa juvenil (Jørgensen, 2008: 387) quizás pueda explicar la constante negociación de las imágenes y las relaciones y, tal vez, la frecuencia con la que aparece *chaval* como enfocador de la alteridad remitiendo a enunciados que expresan opiniones. En «Es la polla este disco chaval» (MALCC2G07; sobre la música que está puesta) o «Pero qué puta triunfada chaval, o sea que puta triunfada» (MABPE2G01; a destinataria femenina, refiere a un artículo encontrado en una tienda) el marcador parece transmitir cierta búsqueda de acuerdo, una apelación a puntos de vista o valores comunes en el interlocutor¹⁰. A este respecto

⁹ La autonomía se basa en el «deseo de sentirse y de ser considerado por los demás como individuo, con un perfil específico» (Landone, 2009: 41), mientras que la afiliación se basa en el deseo de sentirse y de ser considerado «como miembro de un grupo, dotado de los atributos necesarios para pertenecerle» (Landone, 2009: 41).

¹⁰ Que los marcadores del discurso se vean utilizados para reforzar o justificar los razonamientos de los hablantes ha sido señalado por Briz Gómez (1998: 225) quien describe el fenómeno como «fórmulas auto-reafirmativas».

cabe mencionar que las declaraciones de los jóvenes tienden a tomar una forma especialmente expresiva o ‘fuerte’, tal y como se puede comprobar en casos como «Qué hija de puta chaval» (MALCB2J01; sobre un sujeto femenino) o «Madre mía, la de fiestas que hay ahora chaval, madre mía» (MALCE2G02; sobre las fiestas de la temporada). La utilización de *chaval* en estos casos parece desplazar el enfoque al destinatario y transmitir un vago deseo de consenso o afirmación, una apertura a incluir a los interlocutores en la acción de juzgar, lo cual parece ‘permitir’ al enunciado la forma expresiva y ‘segurísima’ que ha tomado. El uso puede, por tanto, comprenderse como parte de las estrategias de cooperación y de cortesía positiva.

En cierto sentido podría decirse que las estrategias de la cortesía verbal parten de una necesidad egocéntrica de apreciación social para ‘quedar bien’ (Landone, 2009: 19), lo cual se ejemplifica cuando *chaval* se utiliza para manifestar una posición amigable subyacente en enunciados con cierta carga ofensiva, como es «Póntela chaval, pero ya» (MALCE4G01; sobre una prenda nueva). En cuanto mostrador de afecto, complicidad y ligereza comunicativa, *chaval* se puede transformar –como parte de una estrategia compensatoria– en un recurso práctico para neutralizar las ofensas. En enunciados como «Vete a tomar por culo, son nueve horazas chaval, se va a tirar medio día escuchando una puta cinta» (MALCE4G02; reacción a un comentario sobre la extensión de la grabación) o «A mí no me grabes chaval» (MALCE2G03; comentario a la situación de grabación) observamos cómo la sobreposición del hablante, manifestada de forma subyacente mediante el uso del imperativo, se ve (parcialmente) compensada a través del enfoque de la alteridad; basta imaginarse los mismos enunciados sin *chaval* para intuir su aportación cortés positiva a la interacción. De manera parecida, en enunciados como «Míralo chaval» (MALCC2G05; sobre una persona o cosa en una fiesta) y «Mueve chaval» (MALCE4G02; dicho entre chicos en la calle), la certeza de los derechos y obligaciones que se dan entre los interlocutores se ve (voluntariamente) debilitada mediante el

empleo de *chaval*, por lo que el enfoque de la alteridad apoya a un restablecimiento del equilibrio social¹¹.

Los hallazgos muestran, de este modo, que si un enunciado es capaz de interpretarse como una amenaza para las expectativas asociadas con la imagen social del interlocutor, el emisor puede utilizar *chaval* como soporte a la relación para reducir la posible amenaza y ‘salvar’ la imagen social de su interlocutor (Yule, 1996: 61). En enunciados como «Déjame ver joder chaval, ¿te lo regalan luego el minidisc?» (MAESB2G03; *sic*. Se trata de la grabadora minidisco que se utiliza para la grabación) y «No te pongas con eso chaval» (MALCE2G03; sobre la acción de grabar) podríamos decir, pues, que *chaval* funciona como una especie de salvaguarda de la imagen del *tú* y determina qué tipo de fuerza directiva se expresa mediante el imperativo (Haverkate, 2002: 20). Estos mecanismos forman parte de la cortesía verbal, ya que compensan «los desequilibrios relacionales que pueden (o amenazan con) concretarse durante la interacción» (Landone, 2009: 17).

2.2. Enfocador de la alteridad: la expresividad juvenil

La expresividad parece formar parte de la construcción y modificación de las imágenes sociales de los jóvenes y es frecuente el uso de expresiones exclamativas, malsonantes, interjectivas y tabúes. No es sorprendente, entonces, la necesidad de formas y funciones que les permita seguir utilizando expresiones en el límite de lo que es legítimo sin temer que se provoque una alteración relacional —señales como *chaval*—, que posibilitan la estructuración dinámica de sus imágenes sociales y

¹¹ Portolés Lázaro (2007 [2001]: 132) llega a semejantes conclusiones en cuanto a otras combinaciones de imperativos y funciones apelativas, constatando que la ofensa se compensa con la muestra de afecto que refleja el marcador. También Yule (1996: 63) señala que las formas imperativas pueden verse acompañadas por mecanismos de mitigación que sirven para suavizar la demanda.

que negocian las buenas relaciones. En función de enfocar de la alteridad *chaval* remite como elemento expreso-apelativo a enunciados con expresiones tabúes: «Coño chaval» (MALCE4G02; sobre un acontecimiento en la Playstation); enunciados con interjecciones propiamente dichas: «Buah chaval, flipado ese» (MALCE4G0; sobre un acontecimiento en la Playstation); combinaciones con *qué*: «Qué hija de puta chaval» (MALCB2J01; sobre un sujeto femenino); y otros enunciados exclamatorios: «Penalti, chaval» (MALCE4G02; sobre un juego de fútbol en la Playstation)¹². Los jóvenes se muestran dispuestos a recurrir a las herramientas expresivas de la lengua sin que por ello sean necesariamente escandalosos los factores que provocan este uso; podemos apreciar, por ejemplo, cómo se utilizan las herramientas expresivas para reaccionar ante un problema típicamente juvenil:

(2)

MABPE2J02: que tengo un cacho de granazo que
flipa

MABPE2J03: ¡ala chaval!

MABPE2J01: explota y bieeen...

Subrayemos aquí que todas las hablantes son femeninas, por lo que *chaval* no se corresponde con las referentes en género y número, pero sí enfoca la alteridad. La impresión súbita producida por la vista del grano es expresada mediante la interjección *ala*, mientras que *chaval* procura asegurar que la impresión expresada no afecte negativamente a la relación entre ellas: *chaval* funciona como una socialización de la emoción expresada. Según Moralejo, la función apelativa (manifestada

¹² Que los *enfocadores de la alteridad* aparezcan frecuentemente con modulación exclamativa es respaldado por las observaciones de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4171).

aquí mediante *chaval* en función de enfocador de la alteridad) se diferencia claramente de la exclamación precisamente por el valor personal que aporta (Moralejo, 1986: 306): el enfocador de la alteridad supone la presencia de un interlocutor. En otras palabras, las expresiones exclamativas no se corresponden con propiedades particularmente sociales, por lo que podemos interpretar la función de *chaval* en un enunciado como «Buah chaval, buah» (MALCC2G03; reacción al llegar a saber que se cenará lo mismo que se ha comido al mediodía) como la de índice de conciencia de la presencia social.

Por otra parte, la aportación de *chaval* no parece incluir ninguna pérdida de expresividad; el ajuste hecho por el empleo de *chaval* simplemente coloca la exclamación en un contexto, e incluso parece *aportar* énfasis. En un fragmento de conversación como el siguiente, podemos apreciar lo altamente accesibles que en ocasiones se muestran las combinaciones expresivas con *chaval*:

(3)

- MABPE2G01: vámonos
 MABPE2J03: ala chaval
 MABPE2J02: ¡ala chaval!
 MABPE2J03: ¡ala chavaaaal!
 MABPE2J01: vámonos

Que *chaval* aparezca sin alterar o disminuir la fuerza del enunciado, incluso reforzándola, se puede apreciar también en enunciados más declarativos como «Chaval, [yo] estaba hablando toda la hora sin saber que tenía la cámara esta la grabadora» (MALCE2G01; sobre la grabadora); aquí *chaval* parece añadir expresividad, invitando al oyente a observar lo ‘extraordinario’ del mensaje emitido. Semejante calidad de

refuerzo –de crear carga expresiva– se manifiesta también en un caso como «Tú, chaval, que ahora verás todo lo que tengo que llevar» (MALCE4G01; sobre la cantidad de algo que el hablante tiene que llevar a otro lugar). Incluso en un ejemplo como «El Bacalao chaval» (MALCE4G02; confirmando el nombre de una discoteca), el marcador muestra su capacidad de realizar la expresividad potencial de la declaración; aquí es indudable que se perdería cierta fuerza contextual expresiva al eliminar el marcador.

Respecto a la mencionada expresividad propia del lenguaje de los jóvenes, es necesario observar, además, que hallamos en el corpus una considerable cantidad de ocurrencias en las cuales *chaval* aparece como enfocador de la alteridad en combinación con otros marcadores del discurso¹³. Forman, según parece, unidades especializadas en *marcar*: «Ya chaval, vaya vaya» (MALCE2G02; reacción a un comentario de una chica que dice que le agobia la música tecno), «Venga chaval, ¿ese portero qué?» (MALCE4G03; sobre un acontecimiento en la Playstation). Al formar estas ‘cadenas’, el enfocador de la alteridad tiende a aparecer como segundo elemento: «Va chaval, ya cero clases, yo ya he acabado, qué buena» (MALCE4G02; sobre el fin de curso), «Mira chaval, tengo unas ganas de llegar a las pruebas con un cacho de hierbas» (MALCE40G01; sobre unas pruebas que deben de conocer los jóvenes). Estas acumulaciones de marcadores expresan la atención a la función interpersonal en puntos clave de la interacción. En estas combinaciones el primer marcador quizás tiende a desempeñar un papel actitudinal un poco más vinculado con el mensaje, mientras que *chaval* desempeña un papel más explícitamente vinculado al interlocutor: «Ya ves chaval, si no me habría

¹³ Este tipo de yuxtaposición, en la que varios marcadores típicamente conversacionales aparecen inmediatamente seguidos en relación con un solo miembro de discurso, ha sido observada por Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4172). Aunque se trate de co-ocurrencias frecuentes, estas combinaciones forman un aspecto de los marcadores del discurso todavía poco estudiado (Landone, 2009: 332).

quedado ya tirado pero todo el domingo entero» (MALCC2G01; comentario a destinatarias femeninas sobre cómo el hablante resacoso hubiera gastado el domingo si hubiera recordado que ya había aprobado el examen que le hizo levantarse temprano para estudiar), «Vamos chaval, si tuviera yo, si tuviera yo la edad, allí estuviera yo» (MALCC2G03; refiriéndose a un taller al que no va otro sujeto masculino). Juntos se convierten en una unidad enfática, una unidad discursiva especializada que de forma eficaz y económica puede marcar actitudes tanto en cuanto al mensaje como en cuanto a la relación social con el interlocutor: «Venga chaval, que es el tres, payaso» (MALCE4G03; jugando en la Playstation), «Bueno chaval, tengo unas ganas de que llegue Nochevieja que flipas» (MALCE4G01; hablando de la fiesta que habrá). Estas ‘cadenas’ de marcadores parecen apoyar la tendencia a la expresividad que muestra el lenguaje juvenil; véase también «Buah tío chaval» (MALCE4G03; jugando en la Playstation) o «Hombre chaval» (MALCE4G01; reacción a una historia sobre una quemadura grave).

La constante negociación de las identidades en el ambiente juvenil hace la marcación discursiva particularmente conveniente (ya que informa sobre actitudes, identidades y relaciones sociales), lo cual culmina en una alta frecuencia de marcadores en el lenguaje de los jóvenes. La alta frecuencia de marcadores, convirtiéndose casi en una marcación *per se*, hasta parece ser un indicador de identidad juvenil.

3. *Chaval* en función metadiscursiva de mantenedor del turno

Nuestros hallazgos afirman que los valores y matices de un mismo marcador pueden ser diferentes según el contexto de uso (Landone, 2009: 103; Jørgensen y Martínez López, 2007: 7): diferentes situaciones enunciativas se corresponden con usos diferentes de *chaval*. En esta sección examinaremos las ocurrencias de *chaval* en las cuales sus funciones predominantes

son metadiscursivas: regular el contacto entre los hablantes (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4191), «representar trazos del esfuerzo que realizan los hablantes para formular e ir organizando su discurso» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4191). En los casos aquí examinados, el aporte metadiscursivo que hace *chaval* a la construcción y organización de la conversación se manifiesta en relación con el mantenimiento del turno – manifiesta resistencia a ceder la palabra. Valga presentar un ejemplo: «Ay, que el Luis se puso a ligar con una monitora de museo chaval que estaba mazo de buena» (MASHE3G08; sobre el coqueteo de un compañero de informática). En este caso *chaval* parece controlar el contacto, evitar una pausa en la cadena hablada – es decir, evitar que se produzca un punto en el cual posiblemente pueda haber un cambio de turno, punto que denominamos, siguiendo a Yule (1996: 72), *Transition Relevance Place*, TRP. Con este uso el hablante mantiene el control de la palabra e impide la intervención de sus interlocutores antes de que considere acabado su turno; estas funciones se vinculan claramente con la organización de la actividad discursiva. Se nos pone de manifiesto, pues, que *chaval* ha adquirido funciones de una naturaleza más abstracta que las que se pueden rastrear en su significado léxico original o en la función vocativa de apelación o llamada de atención.

En lo que concierne a la posición, el uso de *chaval* que aquí nos ocupa se opone al uso que examinamos anteriormente: como enfocador de la alteridad *chaval* tiende a aparecer temprano en enunciados a menudo cortos y expresivos, mientras que en función metadiscursiva de mantenedor del turno tiende a aparecer, como es de esperar, en medio de un fragmento de discurso más largo, tal y como se puede apreciar en «Marcos, el mensaje que yo tengo en salida para mandar, para mandárselo a una que tú sabes, está mazo de guapo, el pichote ayer se quedó flipado chaval porque está mazo de guapo» (MALCE2G01; sobre un mensaje en el móvil). Que *chaval* aparezca de esta manera, en medio de un turno y sin entonación acentuada, debe

indicar que la función de invocar se ve considerablemente debilitada y que, probablemente, otras funciones se ven reforzadas. Si la llamada de atención ya está claramente asegurada –como tenemos que suponer que es el caso aquí– los elementos que sirven para invocar cumplen otras funciones (Bañón, 1993: 27). Con el uso de *chaval* en posición media los jóvenes comunican funciones que tienen que ver con la ‘compra de tiempo’, la elaboración de su discurso y el impedimento de la toma del turno de los interlocutores.

También con el fin de mantener el turno *chaval* se viene a utilizar entre sujetos femeninos: «Que nos quedamos encerradas chaval, ¿os acordáis?» (MALCC2J03; anécdota sobre un acontecimiento en el Telepizza). Se destaca la pérdida del significado puramente léxico-apelativo y se pone de relieve el enriquecimiento pragmático: tanto el adjetivo como el verbo se flexionan de acuerdo con el género y el número de las interlocutoras, mientras que *chaval* –que debe de servir para enfatizar el mensaje y mantener el turno y no para invocar a las interlocutoras– se mantiene inflexionado.

En los ejemplos presentados *chaval* se presta, de este modo, a la regulación del contacto entre los hablantes, de forma parecida a la que vimos en la sección 2. No obstante, en estos mismos ejemplos se observa simultáneamente que sus funciones principales parecen verse trasladadas hacia el ámbito metadiscursivo¹⁴. En este uso, el marcador viene a «representar trazos del esfuerzo que realizan los hablantes para formular e ir organizando su discurso» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4191).

Como es lógico, este tipo de uso ocurre típicamente en fragmentos de discurso que se caracterizan por un estilo narrativo: «Lo sabíamos y parecía como si no lo supiésemos chaval por-

¹⁴ Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4191), los marcadores metadiscursivos están representados, en general, por formas que desempeñan también otras funciones, lo cual ciertamente se ve confirmado por nuestros hallazgos.

que estábamos hablando tan normal» (MALCE2G01; sobre la grabación del día anterior). A este respecto cabe recordar que el estilo comunicativo de los jóvenes se caracteriza por una participación alta, traslajos, narraciones vívidas y frecuentes cambios de turno y de tema (Jørgensen y Martínez López, 2009: 69; Andersen, 2001: 7), de modo que nos encontramos ante una situación comunicativa de ‘lucha’ entre los hablantes para ocupar el centro de atención. En tal escenario, los jóvenes, inseguros en cuanto a relaciones e identidades, recurren a elementos como *chaval*, cuyas funciones les permiten comprobar el contacto con los oyentes al mismo tiempo que extienden su turno.

3.1 Mantenedor del turno metadiscursivo: *chaval* en medio del enunciado continuo y llenando el ‘hueco’ entre dos enunciados

Encontramos una considerable cantidad de ocurrencias de *chaval* utilizado como mantenedor del turno en enunciados que en principio son gramaticalmente continuos, formando una unidad completa que perfectamente podría haberse presentado sin *chaval*. No obstante, los jóvenes optan por incluir *chaval* en medio de ellos.

Se destacan dos empleos de este tipo: (1) *chaval* en el punto entre un fragmento de discurso y otro que funciona de manera complementaria a éste, como en el ya mencionado «Ay que el Luis se puso a ligar con una monitora de museo chaval que estaba mazo de buena» (MASHE3G08); (2) *chaval* precediendo a una conjunción, como en «La Ana llega chaval y te ponía con una así» (MALCC2G03; el hablante debe de estar mostrando a los oyentes algo que hizo su ex novia). Los ejemplos tienen en común que los hablantes no titubean; parecen tener dominio sobre la forma que toma su enunciado, de modo que el uso voluntario de *chaval* se manifiesta como un recurso metadiscursivo para controlar el contacto con los inter-

locutores, evitar el surgimiento de un TRP y asegurar el mantenimiento del turno.

Cuando *chaval* precede a algún fragmento complementario, a menudo una especificación, tal y como hace en «Nos metimos por un camino chaval que era todo césped y había mazo de movidillas» (MALCE2J02; anécdota) y «Y la vieja esa, había una vieja rubia chaval que me dejó, me dejó asustada, es que iba así» (MALCE2J02; anécdota), su empleo parece surgir de una necesidad de asegurar que se esté siendo escuchado antes de introducir información complementaria, ya que, claro está, sólo es *complementaria*. Esta consideración se ve respaldada por la frecuencia con la que aparece *chaval* como mantenedor del contacto en combinación con un *que* introductor de proposiciones subordinadas. Otros ejemplos son «Y una playa chaval que es un barranco pero de la hostia, te tiras para la playa y pum» (MALCE2G01; anécdota) o también «Y luego un tío chaval que también iba hasta las orejas...» (MALCE2G01; anécdota). Tiene sentido preguntarse si este tipo de información complementaria no siempre se considera suficientemente relevante en un ambiente conversacional de alta participación, por lo que un control del contacto con los oyentes entre núcleo y suplemento puede resultar conveniente: «Joder tengo un frío chaval que no puedo con él» (MALCC2G02; comentario sobre la temperatura).

Chaval ayuda a los hablantes a ‘disimular’ o ‘esquivar’ el surgimiento de un TRP antes de añadir información, como observamos en «Aquí por las calles tranquilo chaval, sin ruidos, sin putas de estas con carro» (MABPE2G01; sobre la tranquilidad que recuerda al hablante a su pueblo) y «Yo me he duchado hoy tres veces ya chaval, esta mañana, luego al mediodía y ahora otra vez» (MAMTE2G01; información a destinatarias femeninas). También lo encontramos inmediatamente seguido de una conjunción: «El otro día me pasé mazo chaval porque le empecé a interrogar» (MABPE2G01; sobre un asunto que deben de conocer los jóvenes). Si el uso de la conjunción refleja un grado de seguridad en cuanto al discurso, no es el

caso en cuanto a la atención de los interlocutores, de modo que el punto precisamente antes de la conjunción se muestra como un punto natural para controlar el contacto: «Paramos dos veces y sí nos tardamos un pedo chaval pero no verás como le tiraba, tiraba él del bus» (MASHE3G08; sobre un viaje en autobús).

El corpus presenta, además, una considerable cantidad de ocurrencias de *chaval* como mantenedor del turno en las cuales *chaval* aparece en el ‘hueco’ entre dos enunciados que sintácticamente no están conectados entre sí y que, por tanto, en principio necesitarían una pausa para marcar el fin de uno y el inicio de otro. Los hallazgos del presente estudio muestran que si se quieren evitar tales pausas se puede emplear un elemento que los separe: «Es que la tiene toda roja chaval mañana le dolerán los hombros» (MALCC2J03; sobre una quemadura del sol). *Chaval* se nos presenta, en estos casos, como un recurso útil para transformar el ‘hueco’ entre un enunciado y otro –un posible TRP– en discurso fluido, lo cual dificulta, como consecuencia, la alternancia del turno: «Dos días dos noches durmiendo chaval, me despertaba para mear y para beber agua» (MALCC2G01; sobre la recuperación después de una noche de drogas). En otro ejemplo una hablante tiene bastante que contar y lo quiere contar todo dentro de un turno de habla: «Yo el otro día por poco me cargo a mi hermana chaval me dio un ataque de nervios, yo creo que fue los efectos secundarios que me comí una rulácea a pocos días y no me sentó muy bien de verdad» (MALCB2J01; anécdota). Entre las estrategias utilizadas para mantener el espacio en un ambiente competitivo se encuentra la de evitar una pausa abierta al final de una unidad sintáctica (Yule, 1996: 75), estrategia a cuya realización parece prestar *chaval* su uso en el lenguaje juvenil madrileño.

Respecto a la gramaticalización tomemos nota de que ejemplos como «Así es Lorenzo chaval es lo peor chaval, me da mazo de asco» (MALCC2J01; sobre un conocido) forman parte de una conversación entre chicas, lo cual facilita y respalda la

interpretación metadiscursiva del marcador a favor de la puramente apelativa.

3.2. Mantenedor del turno metadiscursivo: *chaval* en el enunciado titubeante

Hemos visto cómo *chaval* se utiliza en enunciados ‘enteros’. Ahora bien, en algunos casos *chaval* constituye una herramienta útil para el joven hablante que «trata de ir ajustando la expresión a lo que quiere decir, al tiempo que no cede la palabra al oyente» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4199), lo cual podemos apreciar en «Y Pablito y yo siguiendo de lado, hacia abajo, incluso yo chaval con mis tragos ahí de púú y yo de uf» (MASHE3G02; sobre una borrachera). Se nos pone de manifiesto un uso de *chaval* como mantenedor del turno que se vincula en mayor grado hacia la ‘compra de tiempo’ para reanudar el discurso cuando el hablante tiene dificultades: «Yo qué sé chaval, pues si ese no o ese me lo regaló... la computadora de mi hermana» (MALCC2G03; respuesta a una pregunta sobre las propiedades de su ordenador). El enlace entre lo precedente y lo pospuesto a *chaval* es más impreciso en estos enunciados, tanto en cuanto a la sintáctica como en cuanto a la progresión temática: «Y esa gente chaval yo me quedé flipando y dije y esto» (MALCE4G03; sobre la película *Jackass*). Mediante *chaval* los jóvenes hablantes pueden extender su turno aunque sea vago el contenido proposicional y titubeante o indecisa la forma que toma: «Puff es que estaba, joder chaval es que, pedos o sea pedos como ese yo me he pillado...» (MALCC2J02; sobre una borrachera).

Como muestran los ejemplos, cuando los jóvenes pierden la estabilidad y firmeza en la producción lingüística, el uso de *chaval* puede formar parte de un plan rápido para hacer frente a la formulación y reformulación sobre la marcha del discurso (Briz Gómez, 1998: 202). Resulta interesante a este respecto una observación de Jørgensen, quien muestra que la general inseguridad que caracteriza la etapa entre la niñez y la madurez

lleva a los jóvenes a tomar la palabra, en ocasiones, sin saber qué decir (Jørgensen, 2008: 387-388). Así, los jóvenes se agarran a *chaval* y recursos semejantes, empleándolos como marcadores metadiscursivos, con el fin de mantener el turno y la atención: «Yo ya se me ha olvidado todo chaval, mira que era, mira que me gustaba la informática, yo empecé a ir a clase con 13 años de informática» (MALCC2G03; sobre la instalación de software en el ordenador). En comparación con otras formas que desempeñan funciones semejantes de ‘comprar tiempo’, como por ejemplo *o sea* o *es que*, el origen de *chaval* hace que sea apto para implicar en mayor grado la atención del interlocutor. A este respecto sirve de ejemplo «Fumado chaval o sea es que hemos cogido hierba a las cinco de la tarde y desde las cinco de la tarde no hemos parado de fumar» (MALCC2G02; sobre la acción y el efecto de comprar y fumar marihuana); el elemento que más ‘comunica’ e implica al oyente es *chaval* que forma parte de una cadena de marcadores del discurso. Como señal de vacilación se muestra, pues, en comparación con otras señales, más ‘camuflada’, como se puede apreciar también en «Aaaah sí estuve yo ayer leyendo los mensajes chaval, sí joder cómo lo hace» (MALCE2G01; sobre la lectura de los mensajes en el móvil de otra persona). Debemos, además, quizás considerar la posibilidad de que incluso cuando no se ve que los jóvenes forcejan para expresarse pudiera formar parte de estrategias para esquivar o disimular dificultades. En tal función *chaval* aparece a menudo en combinación con *y*, como se aprecia en «Me he quedado flipado chaval y el Robinho» (MALCE4G02; sobre una jugada en la Playstation) o «A ver si le toca la lotería chaval y le dan por el culo a todo a a...» (MALCE4G01; sobre la posibilidad de no tener que estudiar en el futuro).

A estas observaciones cabe añadir que el uso de *chaval* como mantenedor del turno también se puede comprender como un recurso para suavizar o rectificar una vacilación previa: «Pues resulta que, que han aprobado, que hemos aprobado chaval la asignatura» (MALCE2J02; sobre asuntos de educación). Al respecto, cabe mencionar la existencia de varios casos en los

cuales *chaval* se coloca entre dos fragmentos idénticos o casi idénticos, como se puede apreciar en ejemplos como «Eso se llena chaval eso se llena esas discotecas se llenan...» (MALCE2G01; sobre las discotecas que abren por la mañana) o «O sea que al final gano yo de ti chaval al final te gano yo a ti dinero chaval» (MASHE3G03; bromeando sobre un posible juicio por haberse lesionado en un juego). En estos casos *chaval* permite camuflar la vacilación, introduciendo una repetición de una declaración ya emitida. Al colocarse de este modo, parece implicar también un refuerzo enfático, lo cual también se ve en «Le digo a mi hermano chaval, le digo a mi hermano que ya ves» (MASHE3G01; sobre un asunto que deben de conocer los jóvenes).

4. Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre

Indagamos en esta sección la posibilidad que tiene *chaval* de actuar simultáneamente como enfocador de la alteridad y como índice metadiscursivo de la progresión del discurso¹⁵. En estos casos su aporte metadiscursivo a la configuración del discurso no es la extensión y el mantenimiento del turno, sino al contrario, indicar el cierre de una intervención: «A ese chico hace mazo que, hace mazo que no le veo chaval» (MABPE2J01; sobre un conocido). En este uso se percibe el enfoque de la alteridad pero también un trazo del esfuerzo realizado para ir organizando el discurso; el hablante indica la cesión de su turno y por ello favorece la alternancia del mismo y la progresión de la conversación: «Está ahí con la plantación de marihuana, está mazo de guapo chaval» (MABPE2J01; sobre un asunto que

¹⁵ Nos permitimos recordar que la taxonomía aplicada no implica que los casos tratados como enfocadores de la alteridad en la sección 2 no puedan desempeñar también, en contextos determinados, funciones metadiscursivas, ni que los casos tratados en la sección 3 no puedan aportar un acusado enfoque de la alteridad —sólo que en los casos que se tratan en esta sección consideramos más manifiesta la co-existencia de las dos funciones—.

deben de conocer los jóvenes). Dado que ya hemos profundizado la función de enfocador de la alteridad y el aporte que hace *chaval* a la complicidad, la identidad grupal y la noción de pertinencia del *in-group* en dicha función, analizaremos a continuación las dinámicas que giran en torno a su función como marca de cierre de la intervención.

Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, los marcadores conversacionales matizan su significado según su posición en relación con el enunciado al que remiten (1999: 4185) y lo confirma nuestro material: cuando *chaval* se encuentra pospuesto al fragmento al que remite no suele representar ni una llamada de atención ni un intento de mantener el turno, sino que su valor predominante parece ser el de enfocar la alteridad –con las ventajas comunicativas que esto conlleva– al mismo tiempo que se elucida la llegada del TRP y se señala, por consiguiente, el permiso de una alternancia del turno: «Y es que se sobran mazo con la piba... y cuando viene gente no la hacen ni puto caso chaval» (MALCC2J03; sobre la actitud de los alumnos ante una profesora). El mismo uso se puede observar en «Eh te lo juro, me he gastado cuarenta mil pesetas en cocaína chaval» (MALCC2G04; sobre la situación económica del hablante).

4.1. Enfocador de la alteridad y marcador metadiscursivo de cierre: énfasis y cesión del turno

Los hallazgos del corpus ponen de manifiesto cómo el uso de *chaval* como índice de la cesión del turno se presta a la regulación de la progresión de la conversación; si se imaginan intervenciones como «Que a mí, yo veo a mi hermano y no puedo bailar ni puedo hacer tonterías, es que te da cosa, te da vergüenza chaval» (MALCC2G03; sobre emborracharse en el mismo lugar que sus hermanos) o «Yo soy el prototipo de adolescente de mi clase chaval» (MAORE2J01; explicando de forma chistosa su estatuto como recluta para la grabación), sin el marcador se percibe cómo su clausura se vuelve considerablemente más vaga. En el siguiente ejemplo observamos

cómo la marcación discursiva hace explícita la llegada de un TRP. Vale tomar nota de que *chaval*, en este mismo ejemplo, se presenta inflexionado con un chico como emisor y una chica como destinataria:

(4) MABPE2G02: te pareces a una de Gran Hermano
con el micrófono por aquí chaval

MABPE2J01: ay tronco, déjame ya con el cuño del
micrófono

Este tipo de marcación discursiva del TRP puede apelar a algún principio de cooperación: es probable que los jóvenes hablantes busquen asegurarse de que sus oyentes les consideren interlocutores cooperativos (Yule, 1996: 39). El caso es que las transiciones suaves suelen apreciarse y, para lograr un cambio de turno sin complicaciones los hablantes tienen que ser conscientes del sistema cooperativo implícito para reconocer los TRPs apropiados (Yule, 1996: 72). Observemos cómo el hablante en el siguiente ejemplo con el primer uso de *chaval* parece haber enfocado un TRP y no un deseo de extender el turno, pero que, como nadie toma la palabra adaptándose al patrón comunicativo que ha propuesto, añade otro enunciado, también cerrado mediante *chaval*:

(5)

MALCE4G01: ya está Rafa jodido con fiebre y
fumando tabaco chaval... eh que
con la fiebre si fumas te sube la
fiebre chaval

MALCE4G02: sí

MALCE4G03: ahí va

Generalmente en la conversación cada hablante potencial espera hasta que el actual hablante llegue a un TRP antes de tomar la palabra (Yule, 1996: 74). Es interesante observar, a este respecto, que los jóvenes parecen o bien disimular y eludir los TRPs, como vimos en la sección 3, o bien hacerlos explícitos, como vemos en esta sección. A través de la colocación de *chaval* como último elemento de la intervención y con ayuda de pistas entonativas, el hablante señala que por ahora considera terminado su aporte al intercambio de intervenciones: «Yo qué sé, verás qué guapa va a estar chaval» (MALCE4G03; sobre una corbata granate para nochevieja). Esto introduce, además, cierta instrucción para el oyente o los oyentes: se le(s) orienta a que procese(n) la información para reaccionar explícitamente dentro de la dinámica de la conversación. Es decir que el enfoque de la alteridad implica al interlocutor no sólo como oyente, sino también como posible futuro mantenedor de la palabra, preferentemente –habría que suponer– retomando el hilo de la conversación que el primer hablante ha iniciado: «¡Trece años! Yo creía que tenía dieciséis o por ahí chaval» (MALCE2J01; sobre un chico guapo que aparenta más años de los que tiene).

En adición a sus funciones de enfocador de la alteridad y metadiscursiva de cierre relacionada con la propia progresión de la conversación, *chaval* puede –y suele– tener una función enfática. Observemos cómo se enfoca el mensaje a través del marcador en «Pero me bajé con unas pibas en un taxi chaval» (MALCE4G03; sobre una borrachera en la cual el hablante perdió el autobús). «No se lavaba el pelo en dos años chaval» (MALCE2J03; entre chicas, sobre lo que haría un chico que está enamorado de la interlocutora si ella le hubiera hecho una trenza). De este modo *chaval* participa en el mantenimiento de la tensión comunicativa (Briz Gómez, 1998: 167) y, en adición a otros recursos enfáticos, como son el tono de la voz o el gesto, parece encontrarse entre las herramientas del joven hablante para poner énfasis en su propio mensaje: «Hicimos la hostia con el coche del Sherpo chaval» (MALCE4G02; sobre un acci-

dente automovilístico), «La he visto gol chaval» (MALCE4G02; sobre un acontecimiento en la Playstation).

4.2. Enfocador de la alteridad y marcador metadiscursivo de cierre: el intercambio dinámico

El uso de *chaval* como marca de cierre de la intervención permite que la conversación juvenil proceda en el ritmo dinámico que la caracteriza. A menudo *chaval* aparece como cierre de una intervención intercalada que forma parte de una secuencia de intercambios lingüísticos breves y expeditivos. Marcamos las intervenciones que empiezan antes de que la anterior se haya terminado completamente con []:

(6)

MALCC2G03: y, y, y si te digo la verdad, me pones un ordenador y no me acuerdo ya

MALCC2G01: pero cómo no te vas a acordar inútil

MALCC2G03: [que no me acuerdo que te lo juro chaval]

MALCC2G01: si te tienes que acordar hombre

Se ha señalado que la marcación más obvia de un TRP es una pausa abierta al final de una unidad sintáctica (Yule, 1996: 74). No obstante, dado el estilo comunicativo de los jóvenes, las pausas entre un turno y otro no se dan con la misma frecuencia que en otros ambientes comunicativos –quizás ni son bien vistas en lo que los jóvenes consideran una

comunicación exitosa—. De este modo vemos como *chaval*—por dar paso a un nuevo turno— figura entre las herramientas útiles que, como lo ha expresado Briz Gómez (1998: 82), ayudan a los protagonistas de la conversación a ir marcando las distintas voces del juego polifónico que es el discurso:

(7)

MALCC2G03: si me dijo a mí su hermana,
todavía era más mayor que yo

MALCC2G02: [que no]

MALCC2G03: digo cuántos años tienes tú si va a
ser mayor pa ti y yo dieciocho y ni
te aguanto tú eres tonta... yo creo
que tiene diecinueve chaval

MALCC2G02: ¿quién?

Se nos pone de manifiesto que *chaval* es una herramienta útil para señalar la conformidad con la cesión del turno, y de este modo efectivizar y guiar el progreso de la conversación en los frecuentes intercambios traslapados o particularmente expeditos propiamente juveniles. Otro ejemplo es éste:

(8)

MALCC2J02: [jo y luego las pegatinas eran tres]

MALCC2J03: [pa que luego te quiten un
mechero de cinco euros chaval]

MALCC2J02: [o había mazo de camisetas por veinte euros]

MALCC2J01: [es que son ochocientas pelas un mechero tía]

Con sus intervenciones cortas las jóvenes parecen, en solapamientos una tras otra, aportar lo suyo al conjunto de información que se está procesando en común; mediante *chaval* y también *tía* indican que su intervención se cierra por ahora, aunque otra hablante ya haya empezado la suya. Recordamos que el ambiente conversacional juvenil se caracteriza estilísticamente por la participación alta y –al saber que no necesariamente gobiernan en este ambiente los mismos principios que en el adulto– estos solapamientos se pueden interpretar como poco problemáticos. De hecho, Yule señala que para muchos hablantes, y frecuentemente hablantes jóvenes, el habla traslapada puede funcionar como expresión de solidaridad y cercanía y para expresar opiniones y valores similares (Yule, 1996: 74), lo cual parece ser el caso en el último ejemplo. Veamos otro ejemplo:

(9)

MALCE2J03: el que vive en Tenerife

MALCE2J01: ah ese yo no le conozco

MALCE2J03: oh que buenos están sus empleados chaval

MALCE2J01: no tía si yo tengo que irme

MALCE2J03: [al verano que viene]

MALCE2J01: [a Tenerife contigo tía, me lo
dices siempre y nunca voy]

Todas estas observaciones que respaldan la idea de *chaval* como marcador de cierre útil en los intercambios particularmente expeditivos se comprenden mejor a la luz de las observaciones de Jørgensen (2009: 166), quien señala que las intervenciones en el lenguaje juvenil se producen con un gran dinamismo, y que se intercambian las intervenciones iniciativas y reactivas con mucha rapidez. En otro artículo, Jørgensen propone que esta rapidez especial del lenguaje juvenil fomenta el uso de los marcadores (Jørgensen, 2008: 388). Tomemos nota, a este respecto, de que en las pocas intervenciones breves del último ejemplo (9) se pueden contar cinco usos de marcadores conversacionales (*ab, oh, chaval, tía, tía*). En cuanto a la gramaticalización debemos tener en cuenta, además, que la conversación del ejemplo es exclusivamente femenina, de modo que *chaval*, inflexionado como está, se manifiesta como una forma en proceso de gramaticalización.

En cuanto a *chaval* como marcador de cierre, cabe mencionar además que los jóvenes madrileños a menudo operan con enunciados que no cumplen las expectativas generales de una ‘unidad estructural’, compárese, por ejemplo «Un poco puto chaval» (MALCE4G02; reacción a un acontecimiento en la Playstation). Así, en ocasiones lo que los jóvenes desean intercalar como intervención en la conversación toma una forma como, por ejemplo, «Eso nunca chaval» (MAESB2J02; entre chicas, reacción a la propuesta de levantarse a las seis de la mañana) o «La polla chaval» (MALCE2G01; reacción a una anécdota contada). Este tipo de ejemplos respaldan la idea del marcador como un recurso que fomenta la interpretación de la intervención como terminada, permitiendo intervenciones intercaladas como «Hasta que no le veo yo chaval» (MALCE2G03; sobre un conocido) o «Al palo chaval» (MALCE4G03; sobre una jugada en la Playstation). En estos casos *chaval* apoya la progresión de la conversación, ya que es el único elemento lingüístico que guía

las inferencias del oyente hacia la suposición de que el hablante no quiere añadir nada más; que el fragmento en cuestión no se debe interpretar como parte de una unidad más larga. Proponemos, pues, que las herramientas que indican el cierre de turno podría tener una importancia especial en la situación enunciativa juvenil, ya que en ella el fin de una intervención no necesariamente se corresponde con el fin de una unidad estructural.

5. Conclusiones

Los marcadores del discurso suelen servir para una variedad de funciones (Andersen, 2001: 22; Jørgensen y Martínez López, 2007: 2; Landone, 2009: 104). En el lenguaje juvenil madrileño *chaval* ya es tal marcador de discurso polifuncional. La forma tiene la tradicional función vocativa, pero también la función de estructurar el discurso y de negociar la relación entre los interlocutores, y la función de mantener o cerrar el turno de habla. Las funciones asociadas con *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño son, pues, generalmente externas al significado proposicional del enunciado al que remite, por lo que deben describirse como procedimentales más que conceptuales, lo cual es una característica fundamental de los marcadores del discurso (Portolés Lázaro, 2007 [2001]: 50; Andersen, 2001: 22). Aunque el marcador *chaval* no es léxicamente vacío –sigue poseyendo una evidente relación con el significado conceptual de la unidad que lo ha originado (Portolés Lázaro, 2007 [2001]: 25)– su aporte pragmático excede su significado léxico. El objetivo esencial del marcador es ahora de índole actitudinal e interaccional: *chaval* se utiliza para involucrar al oyente joven, para regular el contacto y la relación social entre los hablantes y, para estructurar la conversación en relación con la toma de los turnos o con la orientación de la misma. Dados los límites difusos entre estas funciones pragmáticas, nuestro esfuerzo no ha sido de sistematización, sino de aporte al sondeo de la

diversidad funcional de los marcadores del discurso, en general, y de uno típicamente juvenil, en particular.

Se ha señalado que en la acumulación de funciones de un mismo marcador las posibles funciones no pocas veces llegan a contradecirse entre ellas (Wierzbicka, 1986: 523; Landone, 2009: 77; Brown y Levinson, 1987 [1978]: 149, 161). A este respecto conviene mencionar que *chaval* parece pertenecer a un grupo de marcadores rutinarios en operación en el lenguaje juvenil madrileño, «un lote especializado de marcadores –recortado dentro del espacio funcional con límites difusos– que son de acceso fácil, rutinario y rápido» (Landone, 2009: 165). Se concibe, así, que *chaval* figura en el lenguaje juvenil madrileño entre los recursos de alta disponibilidad que, por tanto, llegan a emplearse con diversos matices según el contexto de uso. El hecho de que las funciones y matices de *chaval* varíen según el contexto implica que su uso en determinados momentos de determinadas situaciones enunciativas favorece una serie de inferencias que no se dan en otros contextos, lo cual implicaría que las funciones realzadas en el presente estudio no son *intrínsecas* a *chaval*, sino que «se amoldan a las intenciones del hablante y al contexto» (Landone, 2009: 103). Nuestra concepción de la forma en uso se capta, pues, de forma perfecta en la expresión de ‘expediente funcional concentrado’ introducida por Landone (2009: 99), cuerpo en el cual ningún valor potencial es *necesario*, sino que cada uno de ellos se actualiza según el contexto en un discurso particular, como si se activara, mientras otros quedan en estado potencial (Landone, 2009: 107; Östman, 1995: 104).

Se destacan en el corpus COLAm dos patrones de comportamiento comunicativo –dos contextos enunciativos básicos– en relación con *chaval*. Uno es la aparente aplicación de un principio de ‘ley del más fuerte’, situación enunciativa en la cual los jóvenes hablantes luchan por convertirse en el centro de atención y utilizan *chaval* y recursos semejantes para evitar que otros consigan el espacio. Otro principio es la existencia de un conjunto de voces que forman intervenciones traslapadas,

parcialmente traslapadas o inmediatamente seguidas, situación enunciativa dinámica que no parece constituir un problema comunicativo. En la primera situación enunciativa encontramos el empleo de *chaval* para tratar de ocultar un posible TRP, y en la otra situación *chaval* sirve para hacer explícito el TRP –todo según el deseo comunicativo subyacente del joven hablante–. Comunicar los deseos del hablante es, según Portolés Lázaro (2007 [2001]: 161), uno de los dominios de los marcadores del discurso.

Quisiéramos proponer, a este respecto, que el empleo de *chaval* –por dar pautas que guían y «apoyan el proceso inferencial, ya sea sobre la construcción del discurso, ya sea sobre la relación entre los hablantes» (Landone, 2009: 76)– puede comprenderse como *cooperativo* tanto cuando los jóvenes comparten el espacio como cuando luchan por él. El uso del marcador permite al hablante abandonar su marco proposicional y metacomunicar sus actitudes, deseos y sentimientos (Östman, 1981: 16), como si estuviera diciendo ‘déjame hablar’ o ‘ahora ya puedes’, pero a través de un marcador que denota cercanía, igualdad y pertinencia de grupo. Estas ‘pistas’ interaccionales pueden comprenderse como indicios cooperativos asociados con la cortesía verbal positiva, tanto por propiciar un acercamiento al interlocutor y favorecer las estrategias de complicidad con él (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4185), como por codificar de forma metalingüística una señal de organización en la regulación conversacional.

Conviene preguntarse, para terminar, si este comportamiento innovador que hemos observado tendrá efectos a largo plazo, esto es, si tendrá repercusiones en la lengua española del futuro. A este respecto es interesante lo que señala Zimmermann; quien subraya que al establecer para sí mismos un símbolo de identidad, los jóvenes pueden, sin intentarlo, contribuir al cambio del lenguaje estándar:

Este cambio puede ser efímero, si un rasgo cae en desuso poco después, pero puede también ser definitivo si primero

los jóvenes lo usan con frecuencia y durante mucho tiempo hasta llegar al lenguaje estándar, cuando los hablantes lo integran en su código que consideran estándar, de forma que finalmente las agencias normativas se ven obligadas a codificarlo como ‘normal’ (Zimmermann, 2002: 144).

Cabe recordar que los jóvenes a menudo se encuentran al frente de desarrollos lingüísticos innovadores (Andersen, 2001: 5), que cada vez hay más adultos que pretenden ‘rejuvenecerse’ a través del uso de expresiones tomadas del lenguaje juvenil (Zimmermann, 2002: 144), que los jóvenes del corpus viven en un centro cultural de importancia y que el mismo tipo de proceso –en el cual un sustantivo abandona su función puramente vocativa a favor de funciones propias de los marcadores del discurso– hoy en día se puede apreciar también en otras formas: compárense el español *hombre* (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4061) y el madrileño juvenil *tronco*, cuyo uso inflexionado entre sujetos femeninos se ha mencionado brevemente en un artículo de Jørgensen y Martínez López (2009: 74). Un proceso semejante parece manifestarse, además, en el español juvenil *tío*, en el inglés *man* y en el danés *mand* (*hombre*), ya que todas estas formas pueden prestar su uso para fines intercomunicativos con independencia del sexo del interlocutor.

Bibliografía

- Alonso-Cortés, Ángel (1999): «Las construcciones exclamativas. La interjección y las expresiones vocativas», en Ignacio Bosque Muñoz y Violeta Demonte Barreto, eds. *Gramática descriptiva de la lengua española. Entre la oración y el discurso. Morfología*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 3993-4050.

- Andersen, Gisle (2001): *Pragmatic Markers and Sociolinguistic Variation. A Relevance-Theoretic Approach to the Language of Adolescents*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins.
- Bañón, Antonio Miguel (1993): *El vocativo en español. Propuestas para su análisis lingüístico*, Barcelona, Octaedro.
- Blakemore, Diane (1987): *Semantic Constraints on Relevance*, Oxford, Basil Blackwell.
- Brinton, Laurel (1996): *Pragmatic Markers in English. Grammaticalization and Discourse Functions*, Berlin, Mouton de Gruyter.
- Briz Gómez, Antonio (1998): *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatografía*, Barcelona, Ariel.
- Brown, Penelope y Levinson, Stephen (1987 [1978]): *Politeness. Some Universals in Language Usage*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Buzek, Ivo (2005): «Los términos del ‘ramo familiar’ y ‘nombres del gitano y de su idioma’ de origen caló en la lexicografía española actual», *Sintagma:Revista de lingüística*, 17, pp. 35-50.
- DRAE (2010): *Diccionario de la Real Academia Española*. Búsqueda de *chaval* en el diccionario electrónico en www.rae.es. Fecha de acceso: 19.10.2010.
- Haverkate, Henk (2002): *The Syntax, Semantics and Pragmatics of Spanish Mood*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins.
- Hedemann, Øyunn Rishøi (2010): *Tenía un sueño chaval, es que me había quedado sopa tía. Las dinámicas funcionales de ‘chaval’ como marcador del discurso en el lenguaje juvenil madrileño*, Tesina de máster, inédita, Universidad de Oslo.
- Jørgensen, Annette (2008): «Tío y tía como marcadores en el lenguaje juvenil de Madrid», en Inés Olza Moreno, Manuel Casado Velarde y Ramón González Ruiz, eds., *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, pp. 387-396.
- Jørgensen, Annette (2009): «Los marcadores del discurso del lenguaje juvenil de Madrid y Buenos Aires. Una

- comparación», en María Bernal y Nieves Hernández Flores, eds., *Estudios sobre lengua, sociedad y cultura: Homenaje a Diana Bravo*. Stockholm: Acta Universitatis Stockholmiensis, pp. 164-177.
- Jørgensen, Annette y Martínez López, Juan Antonio (2007): «Los marcadores del discurso del lenguaje juvenil de Madrid», *Revista Virtual de Estudos da Linguagem*, 5, 9, pp. 1-19. Publicación electrónica en: <http://www.revel.inf.br/>
- Jørgensen, Annette y Martínez López, Juan Antonio (2009): «'Tronco/a' utilizado como marcador discursivo en el lenguaje juvenil de Madrid», en María Bernal *et al.*, eds., *Actas del II Congreso de Hispanistas y Lusitanistas Nórdicos*, Stockholm, Acta Universitatis Stockholmiensis, pp. 67-80.
- Landone, Elena (2009): *Los marcadores del discurso y cortesía verbal en español*, Bern, Peter Lang.
- Martín Zorraquino, María Antonia (1998): «Los marcadores del discurso desde el punto de vista gramatical», en María Antonia Martín Zorraquino y Estrella Montolío Durán, eds., *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, Madrid, Arco/ Libros, pp. 19-53.
- Martín Zorraquino, María Antonia y Montolío Durán, Estrella, eds. (1998): *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, Madrid, Arco/Libros.
- Martín Zorraquino, María Antonia y Portolés Lázaro, José (1999): «Los marcadores del discurso», en Ignacio Bosque Muñoz y Violeta Demonte Barreto, eds., *Gramática descriptiva de la lengua española. Entre la oración y el discurso. Morfología*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 4051-4213.
- Moralejo, José (1986): «Sobre los casos latinos», *Revista Española de Lingüística*, 16, 2, pp. 293-323.
- Östman, Jan-Ola (1981): *You Know: A Discourse Functional Approach*, Amsterdam, John Benjamins.
- Östman, Jan-Ola (1995): «Pragmatic Particles Twenty Years after», en R. Hiltunen et al., eds., *Organization in Discourse*.

- Proceedings from the Turku Conference*, Turku, University of Turku, pp. 95-108.
- Portolés Lázaro, José (2007 [2001]): *Marcadores del discurso*, Barcelona, Ariel. (Versión ampliada y actualizada de la primera edición publicada en 1998.)
- Schiffrin, Deborah (1992 [1987]): *Discourse Markers*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schlieben-Lange, Brigitte (1987 [1975]): *Pragmática lingüística*, Madrid, Gredos.
- Traugott, Elizabeth (1995): «Subjectification in Grammaticalisation», en Dieter Stein y Susan Wright, eds., *Subjectivity and Subjectivisation. Linguistic Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 31-54.
- Wierzbicka, Anna (1986): «Introduction», *Journal of Pragmatics*, 10, 5, pp. 519-534.
- Yule, George (1996): *Pragmatics*, Oxford, Oxford University Press.
- Zimmermann, Klaus (2002): «La variedad juvenil y la interacción verbal entre jóvenes», en F. Rodríguez González, ed., *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona, Ariel, pp. 137-163.